

puestos anteriores; pero no entendía comprometerse á no cobrar más impuestos en adelante. Ahora bien: la guerra contra los ingleses apenas se había suspendido; las hostilidades seguían en Bretaña. El mismo día ó el siguiente de la última abolición, el consejo real debía preparar el establecimiento de nuevos impuestos en Langüedoil, puesto que la asamblea de los diputados de los tres órdenes, que se había abierto en 14 de noviembre, no se había atrevido á tomar ninguna decisión.

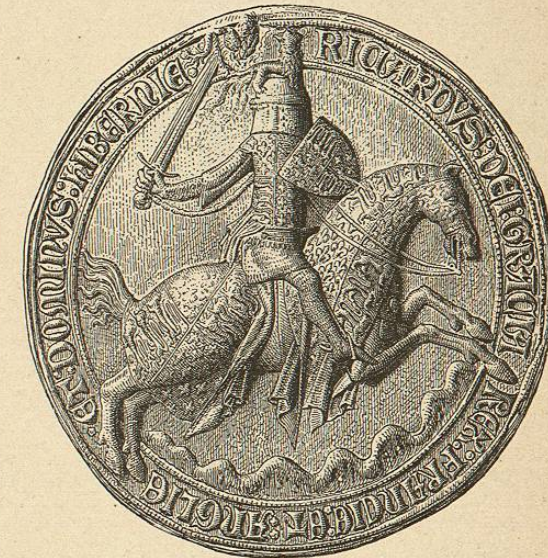
Entonces, durante cuatro meses, las asambleas se sucedieron en el país de Langüedoil: Estados provinciales á primeros de diciembre de 1380, Estados generales en París el 20 de diciembre, nuevas asambleas provinciales en los meses de enero y febrero de 1381, nuevos Estados generales en París en el mes de marzo siguiente. En esta última asamblea se concedió, finalmente, por un año, hasta marzo de 1382, un subsidio en forma de fogaje, pero reservado estrictamente para el equipo de cierto número de hombres de armas y ballesteros. El dinero deberá cobrarse, guardarse y distribuirse en cada diócesis «por tres notables personas, es á saber, un hombre de iglesia, un noble y un burgués, elegidos por las gentes del país.» Se acuerda que para reglamentar la cuestión del subsidio, las gentes de los Estados podrán reunirse, «si hay necesidad.» A fin de lisonjear á los contribuyentes, el rey hace bellas promesas de reforma administrativa. Es como un reflejo de las ordenanzas impuestas al rey Juan por los Estados. Pero, á pesar de las promesas de los Estados, el gobierno real andaba muy escaso de dinero.

A mediados de 1381 llegaban del exterior graves noticias. Hacía ya muchos meses que una gran parte de Inglaterra estaba agitada por una sublevación popular. Había sido provocada en las campiñas por un acrecentamiento de rigor y de exigencia de la *gentry* con respecto á los villanos y terrazgueros, y en las ciudades por la formación de una especie de proletariado, nacido del mismo progreso de la industria inglesa. Estos disturbios habían sido atizados por el descontento del bajo clero, la impopularidad del gobierno real, las excitaciones de toda especie que difundían en todas partes las poesías de Langland, y los sermones de Wyclif, ese precursor de la reforma religiosa, y de los predicadores normandos (1). La cobranza de una nueva capitación ocasionó la revuelta, que fué muy corta, pero muy violenta. Iniciada en los condados de Essex y de Kent, en los últimos días de mayo y primeros de junio de 1381, la insurrección se había extendido muy pronto hasta Londres, dirigida por audaces aventureros, Jaime Straw, Juan Ball y sobre todo el pobre tejero de Maidstone, Wat Tyler. Desde el 13 hasta el 15 de junio, Wat Tyler fué en Londres el verdadero rey del pueblo. Algunos palacios fueron saqueados; los cadáveres cubrieron las plazas, y algunas cabezas fueron paseadas por las calles. La muerte de Tyler y la intervención personal del joven rey Ricardo II detuvieron bruscamente la revuelta en Londres y en sus alrededores desde 15 de junio; pero se prolongó todavía durante algunos meses en los conda-

(1) Véase, sobre las causas de la insurrección de los aldeanos en Inglaterra, la introducción de Petit-Dutaillis á la obra *Soulevement des travailleurs en Angleterre en 1381*, por A. Reville y Petit-Dutaillis, 1898.

dos. Así se supo en Francia y en Flandes que, al otro lado de la Mancha, el pueblo había impedido violentamente la recaudación de los nuevos impuestos y hecho temblar al rey y á los señores.

En Francia se siguió muy pronto el ejemplo, sobre todo en Normandía. En el mes de febrero de 1382, habiéndose ordenado en la provincia un aumento sobre el fogaje concedido el año precedente y 1382 cuya recaudación había sido ya muy difícil, estalla una insurrección en Ruán. Pedro Cochón dice que la conmoción fué hecha «por caldereros, pañeros y gentes de baja estofa;» pero entre ellos había también «algunos fuertes mercaderes y vinateros que encubiertamente les

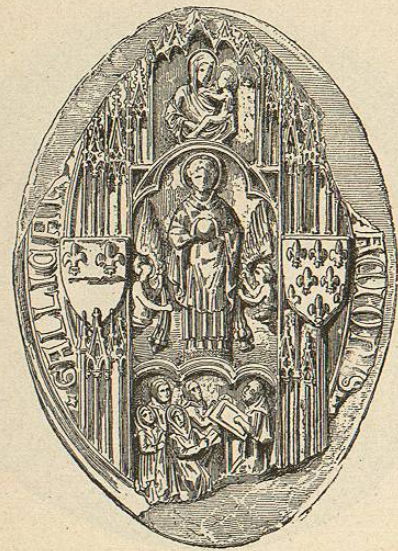


Sello de Ricardo II de Inglaterra

sostenían.» Los amotinados eligieron por jefe á un rico pañero, Juan le Cras, le alzaron un trono en el mercado, le rindieron homenaje como á un rey, y después le obligaron á abolir los subsidios. El pueblo de Ruán fué dueño de la ciudad durante tres días. El furor popular descargó contra los judíos, los oficiales del rey, el alto clero y los más ricos burgueses. Abrieron las cárceles, saquearon las casas de los antiguos alcaldes, y se bebieron el vino ó lo derramaron en las bodegas. Cada día el pueblo tenía asamblea en la Cruz de Saint-Ouen. Allí fueron llevados á la fuerza los canónigos de la catedral, quienes debieron renunciar una renta que tenían sobre los mercados. Las cartas del archivo de Saint-Ouen fueron hechas pedazos, y el abad se vió obligado á renunciar á los derechos del monasterio. Por fin, el miércoles, 26 de febrero, el ejemplar auténtico de la Carta á los normandos fué llevado de la catedral; un abogado dió lectura de la misma, y todos los presentes juraron respetarla. Se levantó acta por todos los tabeliones de la curia laica y de la Iglesia. Entonces el tumulto se apaciguó y se enviaron varias diputaciones á París para conjurar la cólera real. Se les contestó solamente que el rey iría á Ruán y sabría quién había faltado á la regla (*qui avait mangé le lará*).

En aquel momento otras insurrecciones perturbaban la mayor parte de las grandes ciudades, Amiéns, Saint-Quentin, Orleáns, Mantes, Reims, Laón, Soissons, y sobre todo París.

En el mes de enero de 1382, los príncipes habían hecho ir á Vincennes al preboste de los mercaderes y á los principales burgueses de París, para hacerles aprobar la cobranza, en París, de un impuesto sobre la venta de mercancías; pero no pudieron obtener de ellos una contestación satisfactoria. En 15 de enero, algunos delegados de cada oficio habían sido llamados á su vez, recibidos y solicitados particularmente, de tal manera que cada una de las delegaciones viniese obligada á tomar una decisión sin consultar con las demás. Al día siguiente se había publicado bruscamente el nuevo subsidio, á la hora de la comida, delante de la Mesa de Mármol; la recaudación había de empezar en 1.º de mar-



Sello de la Universidad de París

zo. Los ánimos estaban muy excitados, y la caída de un bólido, ocurrida entonces, se interpretó como un presagio funesto. Todo el mes de febrero se habían celebrado conciliábulos; el abogado Juan des Marés daba consejos muy prudentes, pero nadie le escuchaba. En los últimos días de febrero se supo la revuelta de Ruán. En 1.º de marzo, por la mañana, un arrendatario del impuesto quiere obligar á una vieja, que vendía berros, á pagar el impuesto; le rodean, le cogen y le matan; otros arrendatarios sufren la misma suerte. Hubo entonces un «¡sálvese quien pueda!» entre los oficiales reales; la ciudad quedó muy pronto en manos de los insurrectos. Una multitud de cuatro mil personas, que seguía un estandarte formado con un trozo de tela blanca, se encamina á la plaza de la Grève, invade los almacenes de la casa ayuntamiento y se apodera allí de doce mil mazas de plomo y de varios arneses de guerra que Hugo Aubriot había hecho depositar algunos años antes. Judíos y arrendatarios de los subsidios fueron acosados; diez y seis judíos y judías fueron muertos; un notario y un abogado del Châtelet, un consejero de Estado y un oficial de la ciudad vieron sus casas saqueadas y medio destruidas. Todo el vino encontrado en las bodegas fué hurtado, se bebió, se distribuyó ó se desparramó por el suelo. Después se cerraron las puertas y se tendieron las cadenas por las calles.

El rey acababa de marchar de Vincennes para ir á castigar á los de Ruán. En Saint-Denis supo lo que

ocurría y se volvió á Vincennes. El duque de Borgoña y el señor de Couci fueron enviados á parlamentar con los parisienses en la Bastilla de San Antonio. Los parisienses exigieron la libertad de varios de los prisioneros encerrados en el Châtelet, la amnistía para todos, la supresión de los subsidios y la vuelta al régimen hacendista de Luis IX y de Felipe el Hermoso. De todas estas peticiones sólo les fué concedida la libertad de los prisioneros. Entonces los *Maillotins* invadieron el Châtelet, saquearon los archivos y abrieron las prisiones laicas y eclesiásticas. Entre los que fueron puestos en libertad estaba el antiguo preboste Hugo Aubriot, el amigo de las gentes de oficio y de comercio, detestado por la Universidad. Los amotinados querían hacerle su capitán; pero él se ocultó durante la noche y se marchó á Borgoña.

Al cabo de dos ó tres días intervino la parte más rica de la población parisiense. Algunos burgueses se armaron, formaron patrullas, desarmaron á los *Maillotins* que encontraban y pusieron buena guardia en las puertas de la ciudad. Por otra parte, el rey amenazaba con reducir por hambre á París, deteniendo todos los convoyes de víveres en el puente de Charentón. Se parlamentó nuevamente. La Universidad juntó sus instancias á los ruegos de los burgueses. El rey consintió en volver al régimen financiero de Luis IX; lo cual, en el concepto de las gentes de aquel tiempo, significaba la supresión de todos los fogajes, impuestos indirectos y gabelas. Después, cuando los jefes de motín hubieron sido arrestados y llevados al Châtelet, se concedió una amnistía. Juan des Marés, enfermo como estaba, fué por las encrucijadas á anunciar al pueblo la reconciliación con el rey. Sin embargo, como los burgueses habían consentido que fuesen castigados los jefes del movimiento, empezaron las represalias: el martes, 11 de marzo, hubo dos ejecuciones capitales y cinco al día siguiente; el jueves se cortó la cabeza á cinco *Maillotins* y otros cinco fueron ahorcados. El sábado, 15, el preboste tuvo que instalar dos verdugos suplementarios. El pueblo se conmovió al ver que se derramaba tanta sangre, y fué preciso suspender las ejecuciones; pero, como dice Juvenal des Ursins, «con frecuencia se cogía á varios de ellos y los echaban al río.»

Libre por el lado de París, el rey llegó al Pont-de-l'Arche, á algunas leguas de Ruán, en 23 de marzo. Pero, ya antes de la entrada del rey, seis ruaneses habían sido decapitados, doce encerrados en una fortaleza del país de Caux, se habían depositado todas las armas en el castillo, las campanas del Municipio se habían quitado del armazón, y se habían derribado las hojas de la puerta Martinville. La víspera de Ramos, Carlos VI hizo su entrada en Ruán como en ciudad conquistada. Las cabezas de los seis ruaneses decapitados se balanceaban encima de la puerta. Los burgueses habían salido á su encuentro á dos leguas de distancia, vestidos con trajes de colores azulado y verde. «Y gritaba el pueblo: ¡Noell, ¡Noell, ¡viva el rey!» Pero las gentes del rey decían que debían «gritar: ¡Perdón!, con la sogá al cuello.» El municipio, que todos los reyes habían respetado por espacio de dos siglos, fué abolido y la ciudad fué entregada al baile real: los habitantes tuvieron que pagar una multa muy considerable. Habiendo llegado la Semana Santa, el rey hizo en Ruán sus devociones

